

Sintonía 

EL SURO GROS

La sintonía es lamentable esta vez, porque nos trae la tristeza del bosque.

El «suro gros» ha desaparecido para siempre. El coloso de Romanyà, aquel árbol gigantesco, centenario, que durante años y más años fué la admiración de propios y extraños, no ha podido resistir, ya más, la acción demoleadora del tiempo.

Todos los cuidados prodigados, todos los ensayos científicos para prolongarle la vida han sido estériles. Y los dientes acerados de la sierra han penetrado, al fin, en su tronco inmenso, para mostrar las entrañas del árbol convertidas en pasto de la carcoma.

Con todo y estar abatido, aún pudo hacer un alarde postrero de sus extraordinarias proporciones, a quienes, les fué dado de presenciar su derribo. En tanto que el bosque registraba la pérdida de más orgullo y más admiración de todo aquel reino vegetal.

El «suro gros» ha desaparecido, por ley inexorable de la vida. Pero como todos los de su especie, aún rendirá su último servicio al hombre, en su partida. Aquel servicio o aquellos servicios que empezaron un día lejano y que el árbol siguió prodigando siempre, sin interrupción, aunque no recibiera, muchas veces, más que desprecio.

Amorosa

SAN FELIU DE GUIXOLS 5 DE SEPTIEMBRE 1957 - NÚM. 497 - AÑO IX

HABITOS Y COSTUMBRES



Cuando llega un turista a un país extranjero es natural que le sorprendan aquellas costumbres que contrastan con las de su país de origen y que tome nota de ellas en el álbum de los recuerdos, de la misma manera que capta con su cámara fotográfica las escenas populares y los paisajes que más le llaman la atención.

No nos extrañó por lo tanto la manifestación de sorpresa de aquel señor con quien trabamos ocasional amistad al ver que hacia la medianoche todavía correteaban por la calle y por los paseos niños y niñas de corta edad, cuando en la ciudad donde reside a aquellas horas estaban en la cama desde el anochecer todos los pequeños.

Nosotros probamos de hacerle comprender que aquí no ocurre siempre igual, que en invierno también nos acostamos más temprano, y que la vida al exterior por él observada durante su estancia entre nosotros es resultado de la propia estación y de los muchos alientes que en la misma se encuentran, invitando a prolongar las horas de vigilia y a reducir de consumo, las que debiéramos dedicar al descanso.

A pesar de nuestros razonamientos, no le dejamos por lo visto muy convencido. Nos arguyó que aquí como allá, en verano como en invierno, las necesidades fisiológicas en todas partes eran las mismas y no había motivo razonable que justificara una subversión tan desorbitada de los horarios.

Discutimos largo rato en pro y en contra de ciertos hábitos, coincidiendo en unos, discrepando en otros, llegando a la conclusión final de que en todas las latitudes el modo de vivir comporta en mayor o menor grado su parte buena y mala en cuanto a la salubridad del individuo.

De todas maneras, y sin pretender adoptar una postura demasiado puritana al respecto debemos convenir que debido a la influencia recibida por el auge turístico precisamente adoptamos la práctica de ciertas costumbres o modas de una manera excesivamente extremada. Por el solo hecho de ver ciertas maneras extravagantes de comportarse por parte de algunos extranjeros que nos visitan, nos creemos en la obligación, para estar al día con el gran mundo, de imitarles en sus rarezas, e igual como lo harían los simios de la selva, repetimos sus excentricidades, vengan o no vengan a tono, sin tener en cuenta que para la mayoría de ellos su estancia aquí es sólo un paréntesis dentro de sus ordinarias ocupaciones. Paréntesis que aprovechan para evadirse de su rutinario vivir y por lo tanto su modo de comportarse es puramente circunstancial, extraordinario, y nada o muy poco tiene de común con el seguido en sus respectivos países.

El noctambulismo mismo practicado aquí por ellos, y que el tal señor atribuía como cosa propia de nosotros, no es seguramente sino una de las varias modalidades adoptadas para aprovechar al máximo el corto período de sus vacaciones. Al igual como su estafalario modo de vestirse. ¿No será para compensar la rigidez y uniformidad de indumentaria a que están sujetos el resto del año? Indudablemente. Es una forma como otra cualquiera de echar una cana al aire, como aquí decimos. Nada de malo hay en ello y no vamos a hacer objeciones a tales caprichos. Lo que si no encontramos de buen gusto es tomar esas extravagancias como modelos a imitar durante toda una temporada, como lo hacen ciertas personas connaturales de aquí y cuyos quehaceres en la ciudad les imponen una mayor seriedad en el vestuario.

Si su ejemplo cundiera y nos dejáramos llevar todos por la moda de lo chocante pronto iba a parecer esto un pueblo de chiflados.

En cuanto al deambular nocturno creemos que por ahora no hay motivo de alarma. Dentro de pocas días llegara un remedio radical a este respecto. Viene del norte y se llama tramontana.